

SUSANA FORTES

La verdad es escurridiza. Persíguela con cautela

NADA QUE PERDER

Susana Fortes



Nada que perder

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Susana Fortes, 2022

Publicado por acuerdo con Pontas Literary&Film Agency

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: septiembre de 2022

Depósito legal: B. 12.468-2022

ISBN: 978-84-08-26188-9

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Fue el verano en el que sucedió todo. Según el expediente de la Guardia Costera, la tarde del sábado 12 de agosto de 1979, festividad del Castro, tres niños, de entre ocho y doce años, Nicolás y Hugo Cadavid Freire, hermanos y vecinos de la localidad de As Covas, y María Blanca Suanes Díaz, que pasaba las vacaciones con sus abuelos, fueron vistos jugando en los alrededores de la ribera por numerosos testigos. Era una tarde despejada y festiva. Sobre las 15:30 salieron del cobertizo donde guardaban las bicicletas y saludaron a la señora Amelia Cortizo, mariscadora, que estaba apilando unos capazos de esparto en la parte trasera de su casa. Ella recuerda que les dijo que fueran por la sombra si no querían coger una insolación, porque el sol caía a plomo. Sobre las 16:15 el señor Andrés de Lourido los vio saltar la cerca que daba a su huerto de nísperos y los amenazó.

—¡Si cojo una vara...! —No le gustaba que los chiquillos rondaran por sus propiedades.

Dos vecinos que estaban reparando la junta de un carro de bueyes confirmaron haberlos visto pasar por delante de la arboleda hacia los bajíos alrededor de las cinco de la tarde. Según su testimonio, los dos chicos iban

delante corriendo sudorosos y la niña, con cola de caballo y un peto vaquero, iba detrás pidiendo a gritos que la esperasen.

A las siete, cuando sonó el primer cohete que marcaba el inicio de la romería y la gente comenzaba ya a agruparse para subir en procesión a la ermita, ninguno de los niños había regresado todavía. Los abuelos de Blanca Suanes fueron los primeros en dar la voz de alarma. Aunque aún no había oscurecido, estaban preocupados porque su nieta no conocía la zona y temían que se hubiera perdido. Los padres de los chicos no se mostraron demasiado inquietos al principio porque al parecer sus hijos en verano desaparecían a menudo y no les veían el pelo hasta la hora de cenar. Pero cuando faltaban diez minutos para las nueve, la madre salió a la puerta de su casa y empezó a llamarlos a voces. Media hora después, cuando comenzaba a oscurecer, unos y otros empezaron a considerar seriamente la posibilidad de que a los niños les hubiese pasado algo. Fue Manuel Cadavid, el padre de los chicos, quien cogió el teléfono y llamó al puesto de la Guardia Civil.

La búsqueda se inició alrededor de la arboleda, la zona en que habían sido vistos por última vez. La madre temía que sus hijos se hubieran escapado para evitar una reprimenda por haber estropeado el motor del tractor mientras lo manipulaban sin permiso; sin embargo, en el registro del domicilio no se observó ningún indicio de que se hubieran marchado voluntariamente. No faltaba ropa ni objetos personales, y las huchas donde guardaban todos sus ahorros, 75 y 127 pesetas, respectivamente, estaban intactas.

Se organizaron batidas. Numerosos vecinos regresa-

ron de la romería para rastrear los ribazos. A las 23:20 apareció la ropa de los niños bien doblada junto a un muro y una cantimplora con correa de cuero, pero no la mochila que llevaba el pequeño, según todos los testigos.

A las 07:20 de la mañana del domingo, un agente con linterna del Servicio de Vigilancia Aduanera del país vecino encontró a Blanca Suances en una zona de zarzas y maleza cercana a la localidad portuguesa de Caminha. Estaba metida en un capazo de mimbre, como Moisés salvado de las aguas, llevaba sólo un bañador y una cadena de oro con la medalla de la Virgen del Carmen, patrona de los pueblos del mar. Tenía las uñas despellejadas, las piernas cubiertas de zarpazos y una herida con sangre coagulada en la ceja izquierda. No respondía a estímulos, pero estaba viva. Fue trasladada de inmediato al hospital General de Vigo en una ambulancia. El informe médico de ingreso detallaba además que la niña llevaba la frente tiznada con una marca de barro o ceniza en forma de «y» invertida, aunque bien podría ser una mancha resultado casual del trasiego del cuerpo al ser arrastrado por la corriente. También determinaba que la niña no había sido objeto de abuso sexual.

A partir de ese momento se reforzó el dispositivo de búsqueda de los otros dos niños a ambos lados del río con varios equipos especializados de buzos y perros adiestrados en rescate. Grupos de voluntarios peinaron la ribera y los campos próximos, exploraron pozos, sumideros, cuevas, arenales, sin encontrar rastro. Un grupo de submarinistas de la Escuela Naval se sumergió en las aguas profundas del océano a varios kilómetros de la desembocadura sin resultado alguno.

Once meses después unos obreros que trabajaban en

el asfaltado de una pista forestal que atravesaba un bosque de eucaliptos encontraron la mochila de Scooby-Doo. La madre de los niños, Rosalía Freire, la identificó como perteneciente a su hijo pequeño y éstas fueron sus últimas palabras, porque a partir de ese instante la mujer se encerró con tranca dentro de sí misma y perdió por completo la facultad de articular sonidos.

A pesar de la intensa campaña de movilización llevada a cabo por las familias, la Policía y los medios de comunicación, nunca encontraron los cuerpos de los hermanos Nicolás y Hugo Cadavid Freire.

Sus nombres se unieron a una larga lista de niños perdidos en la ribera. Darío Otero en 1959, Lucas González Vilas en 1962, María Luisa Núñez en 1968, Xurxo Doade y Ernesto Barcia en 1973, María de los Ángeles Malvar en septiembre de 1974, Jorge Touriño y Blas Andrade en 1976, Rocío Aller en 1977. Todos menores de quince años. Ninguno de ellos consiguió llegar al otro lado de la frontera donde los esperaba el mundo adulto y complicado. Se quedaron para siempre en un verano roto.

Los llamaron «los niños de Trasaugas».

Siempre estuvo ahí. En el mismo sitio. El peligro existía, pero no era inevitable ni permanente. Solamente una posibilidad que, como la mayoría de las cosas en la vida, unas veces se cumple y otras no.

Los tres íbamos descalzos. Era agosto. Por todas partes revoloteaban esas bolas redonditas de pelusa que nacen de unas flores secas como espinos. Habíamos dejado las sandalias alineadas al pie del muro con la ropa, como hacíamos siempre, porque una cosa era desobedecer las órdenes y otra distinta, atenerse a las consecuencias.

En los pueblos de la ribera, o llegabas a casa entero y en perfecto estado de revista o más valía no llegar. Nadar y guardar la ropa era lo primero que tenía que aprender cualquier niño si no quería verse en problemas.

Había un punto exacto donde las aguas dulces del río se mezclaban con las aguas espumosas y bravas del océano, como hay un punto en el que se acaba la infancia y empieza otra cosa más complicada. Al otro lado estaba Portugal. El río era la frontera, pero para el caso que nos ocupa igual podía haber estado en Dinamarca o en Brasil. La inclinación del sol a las cinco de la tarde habría sido diferente en cada lugar, por descontado; las artes de

pesca o las costumbres locales habrían variado quizá, pero los hechos habrían sido igualmente irreversibles, porque las gentes de la costa saben que todos los ríos son el mismo río, diga lo que diga Heráclito.

Algunas cosas tienen que ver con el lugar. Otras no. La familia por supuesto importa. Nico y Hugo eran hermanos. Diez y doce años. Conocían bien el terreno. Yo no. Era una niña de ciudad, acostumbrada a caminar por las aceras y cruzar por los semáforos, como Dios manda. Nico me caía bien, tenía unas orejitas muy graciosas, pequeñas y coloradas, era canijo, pecoso, con rizos y se atrancaba un poco al hablar, porque llevaba un aparato de ortodoncia. Le encantaban las galletas Príncipe, pero aceptaba compartirlas. Hugo, en cambio, tenía otra naturaleza, se movía por los maizales con un andar largo y deshuesado. Yo creía que un día se iba a convertir en ciervo o algo así.

Vivían muy cerca de la granja de mis abuelos, en el cruce del lavadero. Aquel verano me habían mandado a pasar las vacaciones con ellos porque en mi casa había una guerra. La clase de guerra que puede estallar en cualquier familia en el momento menos pensado. Da lo mismo qué guerra. Una guerra.

—Será mejor que la niña vaya a pasar unos días al pueblo —dijo mi padre.

Entonces metieron mis cosas en una maleta pequeña de nailon. El tío Fran, que es el hermano menor de mi padre, vino a recogerme en el Land Rover amarillo y me llevó por la autopista y luego por una carretera secundaria llena de baches con amapolas que crecían silvestres a ambos lados del arcén, rumbo al oeste.

—Te gustará, Blanquita —me dijo.

Y me gustó, claro. ¿Cómo no iba a gustarme?

Para una niña coruñesa de ocho años y medio aquello era el paraíso y estaba lejos, en un lugar perdido de la ría de Vigo donde el viento unas veces era salado y otras no. Me acuerdo de los colores del arcoíris brillando en una mancha de aceite que flotaba en la superficie del río, junto al embarcadero, y de no cansarme nunca de mirar los barcos. Había barcos de recreo con banderines de colores, remolcadores que dejaban una estela de olas verdes, *gamelas* con la proa plana, pequeñas barcas de pesca con sus canastos y su malla de redes, y lanchas rápidas que perseguían su propio negocio. A todos los guiaba la corriente.

Me acuerdo de cosas aisladas que no tienen ninguna relación con lo que pasó. De lo mucho que pesaba el pan de maíz, por ejemplo, de las botellas de vino con velas por si se iba la luz, de una mujer llamada Dosinda que venía por las mañanas con una cántara de leche en la cabeza en equilibrio sin que se le cayera ni una gota, de aprender a silbar, del chirrido de los goznes de la cancela verde de hierro cuando Nico y Hugo venían a buscarme; ése era siempre un sonido emocionante pues auguraba una aventura.

Me acuerdo de algunas cosas. Sin embargo, de otras no he conseguido acordarme nunca pese a haberlo intentado al máximo. Al principio me esforzaba en contestar a las preguntas del teniente de la Guardia Civil que llevó la investigación, un hombre alto que se llamaba Venancio Ortega, con los ojos grises de tanta paciencia. Después, durante los largos meses que siguieron, me concentraba en responder al gabinete de psicólogos especializados en conducta

infantil del hospital General de Vigo. Más tarde, cuando ya todos dejaron de hablar del asunto en mi presencia, como de un tema espinoso, seguí intentando recordar por mí misma, para continuar adelante. Pero había un obstáculo.

Yo era pequeña. No entendía qué había pasado. Ningún niño puede entender algo así. Intentaba bucear en la memoria y lo único que conseguía recuperar era la sensación de estar ciega. Igual que cuando después de pasar mucho rato al sol, entras de pronto en casa y hay unos instantes tambaleantes en los que ves todo como el negativo de una fotografía. Ésa es la imagen que más se ajusta a la verdad. La de un negativo. Yo no sabía qué significaba aquello. ¿Cómo iba a saberlo?

Había una fiesta en algún lugar. Se oían cohetes, que dejaban un rastro de humo blanco en el cielo, mezclados con un eco lejano de gaitas. Todos aquellos sonidos siguen ahí todavía.

Tres chiquillos sanos, bronceados, sonrientes..., el mayor, con una cantimplora colgada al hombro en bandolera, el pequeño con una mochila serigrafiada con la cara del perro Scooby-Doo. En la mochila llevaban la merienda, una linterna de pilas de la marca Júpiter y unos prismáticos de plástico. También llevaban cuerdas de distintos tamaños, una red pequeña de pescar anguilas y un paquete de galletas... Iban corriendo, saltando, por encima de las ramas, con briznas de hierba en el pelo, salpicándose agua de la orilla con las manos, levantando infinidad de gotas minúsculas, resplandecientes, riendo y peleándose a la vez, nadando por una orilla difusa hacia sus propios sueños o hacia sus propias pesadillas.